

HISTORIA
www.tombooktu.com

JESÚS HERNÁNDEZ

DESAFIANDO A HITLER



tombooktu.com

Desafiando a Hitler

Desafiando a Hitler

VIDA Y DESTINO DE SEIS HOMBRES QUE SE ENFRENTARON AL FÜHRER

JESÚS HERNÁNDEZ

www.facebook.com/tombooktu
www.tombooktu.blogspot.com
www.twitter.com/tombooktu
[#legendarium](https://www.instagram.com/legendarium)

Colección: Tombooktu Historia

www.historia.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: Desafiando a Hitler

Autor: ©2012 Jesús Hernández

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-9967-375-2

ISBN Digital: 978-84-9967-376-9

Fecha de publicación: Mayo 2012

Realización de e-Pub: produccioneditorial.com

Depósito legal: M-16916-2012

ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1

Georg Elser: La paciencia del Carpintero

CAPÍTULO 2

Cristián X: «Todos los daneses somos sus guardaespaldas»

CAPÍTULO 3

Dietrich von Choltitz: El Salvador de París

CAPÍTULO 4

Carl Szokoll: El vienés escurridizo

CAPÍTULO 5

Claus von Stauffenberg: Un héroe de sangre azul

CAPÍTULO 6

Jean Moulin: El Mártir de la Resistencia

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

Fragmento de Ocho pecados por los que la Iglesia no irá al cielo

Fragmento de Legendarium I

Fragmento de Monólogo de un canalla

INTRODUCCIÓN

El 1 de septiembre de 1939, Adolf Hitler se lanzó a la conquista del continente europeo. Aunque en su pretensión inicial parecía dirigirse sólo a Polonia, su intención era someter la Europa continental a los dictados de Berlín. En un primer momento, pensó que británicos y franceses no acudirían en ayuda de los polacos, con lo que la proyectada guerra de revancha contra los que derrotaron a Alemania en 1918, y para lo cual el país no estaba todavía preparado, podría esperar todavía un par de años. Pero Hitler se equivocó; su invasión de Polonia había hecho estallar el conflicto generalizado que él mismo había tratado de retrasar, por lo que debía actuar con rapidez para no acabar empantanaado en una larga guerra de desgaste en la que Alemania tendría menos opciones de victoria.

En pocos meses, Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia cayeron víctimas de la *Blitzkrieg* o 'guerra relámpago'. En 1941, la bandera con la esvástica ondearía en el norte de África, en los Balcanes y en parte de la recién invadida Rusia. El continente europeo se veía forzado a afrontar una larga noche bajo la opresión nazi. La guerra desatada por Hitler se convertiría en el episodio más dramático de la historia de la humanidad, en el que decenas de millones de personas perderían la vida ya fuera a consecuencia del conflicto o asesinadas.

Las guerras tienen la capacidad, para los que se ven envueltos en ellas, de sacar lo peor, pero también lo mejor de cada persona. El conflicto de 1939-1945 no sería una excepción. Ante el incontestable dominio de la Alemania nazi en los tres primeros años de la guerra, algunos optaron por seguir el camino fácil, el que supuestamente debía garantizarles la supervivencia, aun a costa de renunciar a sus convicciones más profundas. Esa actitud les obligaría a permanecer ajenos a los dramas que se sucedían alrededor e incluso a colaborar con aquellos que habían logrado someter

a buena parte de Europa. Pero otros decidieron actuar en consonancia con sus principios, sin importarles que eso pusiera en riesgo sus vidas. Sin ser conscientes en ese momento, al tomar la decisión de desafiar el poder omnímodo de Hitler, acabarían convirtiéndose en héroes.

Esta obra se centra en aquellos que tuvieron entonces la valentía de permanecer fieles a sí mismos, sin importarles las funestas consecuencias que de ello se pudieran derivar. En ellos se daría el principio de que un ser humano se convierte en extraordinario cuando se enfrenta a retos extraordinarios; personas corrientes, de las que no cabía esperar ninguna heroicidad, al ser sometidas a esa presión acabarían por transformarse en titanes capaces de enfrentarse sin temor al dictador alemán. Y muchos de ellos demostrarían su grandeza incluso después del conflicto, al huir de la vanidad y el engreimiento por la hazaña conseguida e incluso ocultándola, por modestia, a los más próximos.

La Segunda Guerra Mundial fue una tragedia, pero también un campo abonado para gestas y proezas. Aquí se relatará media docena de episodios que tienen por protagonistas a unos hombres que destacaron por su valor y audacia, que se atrevieron a decir «no» a Hitler.

Ya en 1939, poco después de haber estallado la guerra, un sencillo carpintero germano demostraría su admirable paciencia y su extraordinario arrojo al lanzarse en solitario al reto de acabar con la vida del dictador alemán.

Un valor igualmente admirable demostraría el rey de Dinamarca. Aunque su país había sido ocupado por las tropas alemanas sin apenas resistencia, los daneses no disimularían su desprecio hacia el arrogante invasor. El monarca, aun a riesgo de enfurecer a Hitler, mantendría incólume el orgullo nacional danés.

Otro de los países ocupados por las tropas de Hitler, Francia, tendría también su héroe, en este caso encarnado en la figura de Jean Moulin, que sería víctima de terribles torturas al caer en las garras de la siniestra Gestapo.

Pero no sólo los que contemplaban con rabia y tristeza como sus países eran aplastados bajo la bota nazi se atrevieron a desafiar a Hitler. Dentro del ejército germano, dos oficiales, Dietrich von Choltitz y Carl Szokoll, desobedecieron sus órdenes para evitar que dos de las capitales europeas más hermosas, París y Viena, fuesen arrasadas. Otro hombre que vestía el uniforme de la *Wehrmacht*, el coronel Claus von Stauffenberg, iría mucho más lejos y llegaría a atentar contra la vida del hombre que estaba llevando a Alemania al fondo del abismo.

El destino que les esperaba a estos hombres que osaron desafiar a Hitler fue dispar; tres murieron asesinados por los verdugos nazis, mientras que los tres restantes sobrevivirían a la guerra y recibirían el reconocimiento a su valerosa actitud, un honor que debe hacerse extensivo a todos aquellos que se atrevieron a permanecer fieles a sus principios en aquella época de oscuridad.

CAPÍTULO 1

GEORG ELSER: LA PACIENCIA DEL CARPIN- TERO

El escritor norteamericano Stephen King publicó en 1982 la novela corta *Rita Hayworth y la redención de Shawshank*, que relata la estancia en prisión de un condenado a cadena perpetua por un crimen que no cometió. Este relato llegaría a la gran pantalla en 1994 (*The Shawshank Redemption*, que se comercializaría en España con el título de *Cadena perpetua*), con Tim Robbins en el papel del protagonista de esa historia, Andy Dufresne.

A lo largo de las páginas de la novela y del metraje del filme, se asiste al triunfo de dos conceptos muy unidos: la esperanza y la tenacidad. Dufresne pone sus esperanzas de poder recuperar algún día la libertad en excavar en secreto un túnel pertrechado únicamente de un pequeño martillo de geólogo, un trabajo para el que se requerirán decenas de años. Pero esa dificultad no detendrá a Dufresne, decidido a ignorar los límites de la perseverancia humana con el único objetivo de volver a ser libre algún día.

En 1939, otro hombre con inextinguibles ansias de libertad, Georg Elser, también puso a prueba su paciencia y su tesón, en este caso para derribar al tirano que no sólo había secuestrado la voluntad de su país, sino que lo había lanzado a una guerra que acabaría por provocar su total destrucción. Pero entonces eran pocos los que se atrevían a situarse fuera del sentir general; la mayoría de los alemanes se hallaban deslumbrados por los éxitos de Hitler, que había conseguido apoderarse de Austria y Checoslovaquia sin tener que efectuar ni un solo disparo, y que había aplastado Polonia en apenas un mes. Con esos éxitos tan inapelables como fulgurantes, Alemania había logrado sacarse la espina de la humillante derrota en la Primera Guerra Mun-

dial, lo que proporcionaría a Hitler un gran respaldo popular.

Por otra parte, aquellos que habían osado mostrar su oposición al irresistible ascenso del Tercer Reich habían tenido que purgar su disidencia entre las alambradas de los campos de concentración, que comenzaron a proliferar por la geografía germana en cuanto los nacionalsocialistas accedieron al poder, en 1933. Tras pasar una temporada en uno de esos campos, sometidos a todo tipo de abusos y vejaciones, muy pocos conservaban los ánimos de volver a enfrentarse al régimen nazi. Otros no tuvieron esa suerte, pues sucumbieron a consecuencia de los trabajos forzados o fueron directamente asesinados.

La ausencia de una resistencia organizada llevó a Hitler a no temer ser víctima de un atentado; se abría paso entre las multitudes en coche descubierto o permanecía en pie durante horas en la tribuna mientras asistía a algún desfile. Aunque sus colaboradores le desaconsejaban exponerse de esa manera, Hitler no estimaba necesario rodearse de un gran aparato de seguridad, sino que lo consideraba contraproducente; creía que aparecer ante las masas tras una fuerte barrera de protección le iba a impedir mostrarse como un líder cercano al pueblo.

De todos modos, ya se había producido algún hecho que alertaba de la posibilidad de un atentado. El 9 de noviembre de 1938, un camarero suizo llamado Maurice Bavaud había intentado matar de un tiro de revólver a Hitler en el curso de un desfile por Múnich con ocasión del aniversario del frustrado golpe de Estado protagonizado por Hitler en 1923. Ese día, el bosque de brazos levantándose bruscamente en el saludo multitudinario a Hitler obstaculizó de repente la visión de Bavaud justo antes de disparar su arma. Hitler se enteraría de la intentona cuando el suizo fue detenido por la policía de ferrocarriles al intentar salir de Alemania con destino a París sin billete válido. En el registro, la policía le encontró un sobre dirigido al Führer y, so-

metido a interrogatorio, lo confesó todo. Bavaud sería sentenciado a muerte y guillotinado.

No obstante, Hitler, convencido de que estaba predestinado a cumplir una misión histórica al frente de la nación germana, se creía invulnerable a esos intentos de acabar con su vida, pero Elser estaba dispuesto a demostrarle que no todos los alemanes se habían sometido a su voluntad.

UN HOMBRE TRANQUILO

Georg Elser había tenido hasta entonces una vida corriente, como la de tantos otros alemanes. Nacido en 1903 en una pequeña localidad de la región de Suabia, no quiso ser agricultor como su padre. Comenzó a trabajar como aprendiz de tornero, pero al final se estableció como carpintero en Königsbronn. Tras un paréntesis de cuatro años en Suiza, en los que trabajó en una fábrica de relojes, regresó a su profesión de carpintero en Alemania, aunque más tarde viajó de nuevo al país helvético, en este caso para seguir trabajando con la madera.



Georg Elser

De personalidad tranquila y reservada, Elser tenía pocos amigos pero todos aquellos que lo conocían tenían un buen concepto de él. En 1930 tuvo un hijo con su novia, pero Elser no llegó a casarse con ella y la pareja se separó

poco después, aunque él se haría cargo de la manutención del niño.

Tras su regreso definitivo a Alemania, continuó trabajando como carpintero hasta que en 1936 entró a trabajar en una fábrica de montaje de tuberías en Heidenheim. Con el inicio de la política de rearme impulsada por Hitler, que contravenía así los acuerdos internacionales, la fábrica comenzó a producir munición. Es posible que esta significativa reconversión provocase en Elser también un cambio de actitud. Hasta entonces, se había mantenido al margen de la política activa y había preferido participar en actividades promovidas por los centros culturales. Aunque antes de la llegada de los nazis al poder se había afiliado a una organización comunista, la Liga Roja de Combatientes del Frente, y había pertenecido al sindicato de los trabajadores de la madera, nunca había participado en decisiones políticas sino que había adoptado más bien un papel pasivo. Pero esa actitud estaba a punto de cambiar.

Tal vez en el otoño de 1938, cuando británicos y franceses claudicaron ante las exigencias de Hitler y firmaron el Pacto de Múnich, Elser comprendiera que Hitler iba a llevar inexorablemente a Europa a la guerra y que algo debía hacer para evitarlo; había quedado claro que, con su suicida política de apaciguamiento, las potencias occidentales no estaban dispuestas a hacerle frente. Quizás fue entonces cuando decidió pasar a la acción.

OBJETIVO: HITLER

A principios de 1939, Elser ya estaba dispuesto a actuar. Su objetivo era acabar con la vida de Hitler. La prueba de esa resolución es que abandonó su trabajo en la fábrica de munición y buscó empleo en una cantera, con el propósito de obtener explosivos y aprender su manejo. Así lo manifestó posteriormente el propietario de la cantera: «Mi capataz, Kolb, se dio cuenta de que Elser se interesaba mucho por

nuestros trabajos de voladura. Observaba detenidamente cómo se colocaba la dinamita y cómo se manejaba el detonador».

Es probable que por entonces Elser ya tuviera perfectamente diseñada la operación que pretendía llevar a cabo. Para que el atentado con explosivos tuviera éxito era necesario prepararlo con tiempo, un factor con el que era difícil contar en el caso de Hitler. Aunque el Führer, tal como se ha apuntado, no disponía a su alrededor de un gran aparato de seguridad, era imprevisible en su agenda por lo que resultaba difícil determinar el lugar y el momento para tenderle la trampa. Pero había una cita que era ineludible para Hitler y los más destacados jerarcas del partido: la reunión anual que cada 8 de noviembre, con ocasión del aniversario del *Putsch* de 1923, le llevaba hasta la Bürgerbräukeller de Múnich para compartir unas horas con los antiguos camaradas. Si estallaba allí una potente bomba, no sólo la cervecería quedaría reducida a escombros, sino también la cúpula del régimen nazi.

Pero Elser no quería dejar nada al azar. Debía asegurarse de que Hitler no saldría vivo de la cervecería. La bomba que debía estallar la noche del 8 de noviembre de 1939 lo haría a corta distancia del dictador. Para preparar todos los detalles de la operación, en abril de ese año comenzó a acudir al establecimiento para tomar bocetos y medidas disimuladamente. La persona que más atrajo su atención fue una camarera que trabajaba en el local desde 1930, Maria Strobl. Ella desempeñaba una misión especial cada 8 de noviembre; era la encargada de servir a Hitler, por lo que concitaba la envidia de todas sus compañeras.

Cuando Elser supo del relevante papel que desempeñaba cada año esta camarera, trabó amistad con ella para sonsacarle todos los detalles de las visitas anuales del Führer, una atención a la que esta, halagada, correspondía proporcionándole toda la información. Después de la guerra, Maria Strobl recordaba todavía sus indagaciones: «Muy

pronto Elser comenzó a preguntarme sobre el 8 de noviembre. Para mí resultaba interesante darle a conocer los detalles. Primero, le conté, llegan los colaboradores de Hitler y ocupan sus puestos en la sala. El último en llegar es siempre Hitler y lo hace en compañía de Hess, Goebbels y Himmler...».

PREPARANDO EL ATENTADO

Elser centró su atención en calcular el mejor sitio para depositar el artefacto explosivo, al mismo tiempo que se dedicaba a confeccionarlo. Para su fabricación le fueron muy útiles los conocimientos adquiridos en Suiza, ya que pudo idear un mecanismo de relojería para hacer estallar la bomba en el momento preciso. Hay que tener presente que en aquella época ese tipo de dispositivos eran muy rudimentarios; se solía emplear un percutor sujetado por un alambre que era atacado por el ácido que se liberaba en el momento de activarlo, lo que lo hacía muy poco preciso aunque, en todo caso, el estallido de la bomba se podía retrasar como máximo una hora.

El resuelto artesano lograría resolver ese inconveniente recurriendo a su propia habilidad e ingenio. Elser se alojaba en una habitación pero su casera, Berta Schmauder, lo recordaba así: «La mayor parte del tiempo se lo pasaba en el cuarto de herramientas del sótano, trabajando en un invento. No nos explicó exactamente qué hacía, porque no podía hablar de él en tanto no estuviera patentado. Una vez nos enseñó un dispositivo de relojería, pero no nos dijo para qué lo necesitaba. Únicamente prometió: "¡Ya lo sabréis cuando funcione mi aparato!"».

Suponiendo que tanto el mecanismo de relojería como la dinamita cumpliesen según lo previsto, la cuestión que iba a marcar el éxito o el fracaso del atentado era el lugar donde debía quedar alojada la bomba. Cabía la posibilidad de permanecer la noche anterior en la cervecería, tras el cierre,

y dejarla allí escondida, pero Elser supuso que al día siguiente el local sería sometido a un exhaustivo registro. Quizás por su condición de carpintero, Elser creyó haber dado con el escondite idóneo al ver una columna revestida de madera situada a pocos metros de donde Hitler solía pronunciar su discurso anual.

A partir de agosto, tal como hacía el personaje literario de Andy Dufresne creado por Stephen King, Elser se dedicaría pacientemente cada noche a horadar la parte inferior de la columna, con el fin de crear un hueco donde alojar los cincuenta kilos de dinamita que iba a emplear en el atentado. Para ello, Elser se ocultaba a la hora de cierre del local y por la mañana salía por una puerta lateral sin ser visto. Aunque la cervecería contaba con un vigilante nocturno, Elser aprovechaba los momentos de descuido de este para actuar sobre la columna sin ser descubierto. Hay que imaginar los momentos de insoportable tensión que Elser tuvo que vivir allí dentro.

A pesar de sus precauciones, un día fue descubierto; el dueño de la cervecería acudió allí de madrugada acompañado de su perro. Haciendo una ronda con el vigilante, encendió la luz del local pero no vio nada sospechoso y no escuchó ningún ruido. Sin embargo, el animal comenzó a tirar de su dueño y a arrastrarle hacia el lugar en donde se hallaba oculto el carpintero. El dueño relataría posteriormente: «Allí me encontré con un hombrecillo tembloroso y desconcertado. Me acerqué a él con decisión. Era un desconocido que apenas entendía lo que se le decía y que no estaba en disposición de responder. Le grité un poco y el hombre intentó justificarse; según él, había querido escribir una carta tranquilo». Ante la incongruencia de la excusa, el dueño y el vigilante debieron pensar que se trataba de un borracho que se había quedado allí dormido, por lo que le dejaron marchar. A ninguno se le podía ocurrir que aquel «hombrecillo tembloroso» estaba en realidad colocando una bomba para acabar con la vida del Führer.